

El tiempo no permite, Señores, descender á concretos, para ver en ellos cómo el espíritu del error todo lo ha invadido, todo lo ha trastornado: instituciones, autoridad, leyes, educacion, enseñanza, etc.; cómo ha logrado mezclarse hasta en los actos mas comunes y ordinarios de la vida; cómo se ha infiltrado hasta en las ideas mas vulgares, é invertido hasta la acepcion genuina de las mismas palabras, para corromper así las costumbres. Basten empero estas simples indicaciones, pues creo que ya convendreis conmigo en que para conservar pura y viva la fé de un pueblo en medio de tanto error, es necesario, indispensable ese espíritu de verdad de que hablé ántes. Por eso Jesucristo, á la Iglesia que es infalible, y contra la cual no prevalecerán jamás las puertas del infierno, le prometió al separarse del mundo, enviarle su Santo Espíritu, el Espíritu de verdad, el cual le enseñará *toda verdad*, en contraposicion de todas las mentiras del Demonio. «*Cum autem venerit ille Spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem*» (1)

Lo que llevo indicado basta para demostrar á costa de no mucha reflexion, que si es necesario el espíritu de verdad para la conservacion de la fé, no lo es menos el de fortaleza; porque si el demonio trabaja con tanto ardor para destruirla con sus engaños, tambien la Carne y el Mundo están en connivencia con él, y le sirven como de instrumentos al mismo fin: la Carne embota la Fé, haciendo perder al hombre el gusto de las cosas celestiales. «*Animalis autem homo non percipit ea quae sunt Spiritus Dei.*» (2); el Mundo aborrece á Jesucristo y le desprestigia, presentando su

(1) Joann. XVI. 13.

(2) 2ª Cor. II. 14.

doctrina como severa, impracticable Y á tales enemigos en alianza, no cabe duda que es necesario oponer un corazon magnánimo; es menester constancia inquebrantable, para rechazar lucha tan sostenida; superioridad muy alta, para mantenerse por sobre el torbellino de opiniones, de máximas y de usos que pululan por doquiera en el mundo; se necesita un santo desprecio á todo respeto humano, para dejar á un lado las zátiras y desprecios de los incensatos, las burlas y murmuraciones de los perversos; en suma, un amor y union muy grandes á Jesucristo, y una santa y muy firme confianza en Dios, para decir entonces como el Profeta: *Pues aun cuando anduviere en medio de sombras de muerte no temeré males, porque Tú estás conmigo: «Nam etsi ambulavero in medio umbrae mortis, non timebo mala: quoniam tu mecum es.»*

(1) Y notad, Señores, que virtudes tan indispensables en el individuo cristiano, lo son mucho más en un pueblo, en una nacion, que de tal título quiera preciarse, desde el momento en que se trata de un ser colectivo, cuya pujanza y nobleza debe ser la suma, digo mal, debe ser mucho más que la suma de las individualidades. De tal manera que si no existen esas virtudes en la nacion, bien pronto su raquitismo y debilidad le harán cruzarse de brazos para contemplar inerte la pérdida de su Fé. Si por débil condescendencia, ó por servil espíritu de imitacion deja penetrar en su seno el virus del error, ó la necia vanidad de empezas que no puede aún sostener; si no se rige por los sanos principios de la verdadera Religion, sin avergonzarse de ella; en una palabra, si no tiene fortaleza cristiana, bien pronto verá perder, Señores, no

(1) Ps. XXII. 4.

solo su grandeza, si que tambien su propio ser político.

No quiera Dios que á México sucediera tal desgracia. No, Señores; porque si sabemos amar de veras á Nuestra Madre la Santísima Virgen Maria de Guadalupe, en Ella encontraremos y de Ella recibiremos, á no dudarlo, ese doble espíritu de verdad, y fortaleza, que es necesario y basta para la conservacion de la Fé. ¿Cómo nó? si es dueña del Consejo, de la equidad, de la prudencia y la fortaleza? «*Meum est Consilium et equitas, mea est prudentia, mea est fortitudo.*» (1) Si en Ella está, Ella es depositaria del Espíritu de Jesucristo, y por Ella hemos de ir á El. «*In me gratia omnis viae et veritatis.*» ¿Lo habeis oido, Señores? En mí está toda la gracia del camino y de la verdad, ó como interpreta el Ilmo. Scio: «por mi se alcanza la gracia de conocer la verdad, y de atinar con el camino que lleva á ella.» Así pues, Señores, por Maria seremos llenos del espíritu de verdad. Y precisamente por Maria de Guadalupe, los Mexicanos hemos de recibirle; porque aquellas palabras del Sagrado Libro del Eclesiástico, las aplica la Iglesia á la Santísima Virgen de Guadalupe, en el nuevo, propio y especial Oficio, que con rito de primera clase acaba de conceder á México.

¡De manera, Virgen Santa, Señora Nuestra de Guadalupe, que ya no solo nuestro amor filial, nuestro afecto y adhesion, sino la autoridad misma de la Santa Iglesia, te reconoce para México por el Faro luminoso, que con los vívidos destellos de la Luz Increada, Jesucristo, alumbras nuestros caminos, y eres nuestro guia, nuestro norte, nuestro consuelo y nuestra esperanza . . . ! Sí: porque como la luz atravieza el cris-

(1) Parab. Salom. VIII.

tal sin romperlo; como al pasar por él se dispersa iluminando extensísimo radio, así Jesucristo, Sol y Foco de Eterna Luz, ha salido de tu casto seno, dejándolo intacto, para iluminar á todo hombre que viene á este mundo. «*Quia ex te ortus est sol justitiae Christus Deus noster.*» ¡Tan incomprendible dicha es una realidad! «*In me gratia omnis viae et veritatis.*»

Pero hay mas todavía: no sólo recibiremos de Maria el espíritu de verdad, sino tambien el de fortaleza, de accion y de vida. «*In me omnis spes vitae et virtutis.*» Escuchadme: La union es un principio fecundo de fuerza; y es indiscutible que nuestro amor á la Santísima Virgen Maria de Guadalupe será siempre vínculo poderoso, que nos una y estreche fuertemente; porque en Ella vendremos á formar los Mexicanos un solo pensamiento, un solo corazon y una alma sola. Por mucho que nos separen las distancias, en el Tepeyac se levanta magestuoso ese Faro cuya luz es una é indivisible, la luz de la verdad, igual para todos. La Virgen Santísima de Guadalupe es Nuestra Madre, nosotros somos sus hijos; y por muy lejos que habitemos del Tepeyac, su dulce voz maternal se hace oir en nuestros corazones, porque Ella nos impera y gobierna. Estamos unidos, digámoslo de una vez, no solo por los vínculos de nacionalidad, sino por otros mas fuertes aún, al par que gratos, los de familia: no somos sino una sola, *la familia de Maria de Guadalupe.* «*Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum.*» ¡Mirad cuan bueno y cuan gustoso es *habitar los hermanos en union . . . !* (1)

Nuestros amores á Maria, que individualmente pudieran semejarse á pequeños arroyuelos, vendrán á

(1) Ps. CXXXII. 1.

formar en sorprendente confluencia un río impetuosísimo de amor, que desembocará, por explicarme así, en ese mar inmenso de amor y de hermosura, en María de Guadalupe; y su amor será entonces el nuestro, y nuestro amor el suyo. ¡Ah, Señores! ¿Quién podrá entonces contener el curso de río tan ancho y caudaloso? Unidos en María, cada uno de los Mexicanos será *todos*, y todos no seremos mas que *uno*, y nos sentiremos animados con su mismo amor y fuertes con su mismo poder; es decir, llenos de fortaleza. ¿Podiera entonces permanecer en pié cualquier díque presentado á Nuestra Santa Religion? ¿Podrán, Señores, de esta manera falsificarse nuestras creencias, por errores prácticos, ó hacerse vanas nuestras costumbres piadosas? Seguramente no.

Por otra parte, la misma Virgen Santísima corresponderá á ese amor, empleando en favor nuestro su poder todo, para conservar nuestra Fé pura y viva. Si para todos los cristianos María es *Auxilio* poderoso, «*Auxilium christianorum*»; si por ella, segun expresion de S. Bernardo, son triturados los que ponen asechanzas á la Religion, conculcados los que la suplantán, confundidos quienes la objetan; si á todo cristiano alienta el mismo Santo, diciendo: mirad, por *luna* se entiende tambien la Iglesia; y desde este momento teneis medianera expresa: una Muger vestida del sol y la luna bajo sus plantas. «*Mulier amicta sole et luna sub pedibus ejus.*» ¿Qué diremos nosotros, Señores y hermanos míos, mirando ese retrato divino y sin igual, en que María se deja ver, así, revestida del sol y la luna bajo sus piés . . . ?

¡Oh Madre amorosa, dulce encanto de nuestro corazón, embelezo de nuestra alma! ¡Tú no escribis-

te con letras, es verdad, la *dedicatoria* del retrato que nos has regalado; pero los graciosos símbolos de que está rodeada tu Imágen bendita y hermosa, y toda ella, nos están diciendo con la mas alta, ingeniosa y tierna expresion, que nos amas mucho, mucho; y que si te amamos tambien, estás dispuesta á defender nuestra Iglesia y nuestra Fé con esa planta soberana, que supo quebrantar la cabeza del Dragon infernal. ¿Y así protegidos por Maria podremos temer algo, Señores? Y bajo esta celestial influencia habrá corazón Mexicano que deje de sentirse lleno de santo valor, para confesar á Jesucristo delante del mundo entero? No lo dudeis: si amamos deveras á la Santísima Virgen de Guadalupe, recibiremos el espíritu de fortaleza.

Ved pues demostrada mi proposición: que el amor verdadero de los Mexicanos á esta Señora nuestra, es un medio principal de conservar la Fé de Jesucristo pura y viva en la Nacion; porque si sabemos amarla recibiremos ese doble espíritu de verdad y fortaleza que son necesarios para ello; puesto que en María Santísima de Guadalupe está la gracia toda del camino y de la verdad, toda la esperanza de vida y de virtud.

¡Virgen Santa, Señora nuestra! ¡Tú has prometido mostrarte amorosa y tierna Madre del Mexicano! Bendita seas mil veces, porque siempre has cumplido tu promesa! Que diga la misma México si alguna vez á recurrido á Ti en sus mayores necesidades, y no has sentido al punto tu mitagrosa proteccion. En las inundaciones, en las pestes y en las mas grandes calamidades se ha refugiado en tu seno; y que diga, repito, si no se ha encontrado desde luego en el regazo de una Madre

la mas tierna y amorosa, si no ha sentido el dulce halago de tus caricias, y no se ha visto cubierta con tu manto, como los polluelos por las alas de la gallina. ¡Señora! hemos llegado á época todavía mas triste: el error casi nos inunda, la inmoralidad nos invade. ¡Salvadnos, Señora! Haz que te amemos, para que nuestra Fé se conserve pura y nuestras costumbres sean las costumbres del verdadero cristiano. ¡No queremos otra Reina, sino á Ti! Concédenos ver pronto colocada en tus sienes la corona de oro, que te proclame nuestra Soberana!

Aquí tienes, Madre, á tus hijos los Queretanos, que presididos por su amado Pastor han venido á visitarte. Esperamos, Señora, que prosternados delante de tu Imágen veneranda seremos llenos de tus bendiciones y gracias, como en otras veces, para irlas á derramar sobre nuestros hermanos. Libranos tambien, si te place, del hambre y la miseria, enviando la fecundante lluvia sobre nuestros campos. Pero, sobre todo, vamos á pedirte una gracia que no nos negarás, porque eres muy piadosa: Señora, que te sepamos amar con verdad, para que obrando conforme á tu amor, seamos felices por siempre. Así sea.

